

producian en España y áun en toda Europa los amos de su nuera, apénas murió aquél exigió á su esposo que se levantase el destierro al afortunado guardia, consiguiendo no sólo esto, sino tambien que le nombrase ayudante mayor de su Real cuerpo, que le condecorase con la gran cruz de Cárlos III, que le hiciese grande de España con el título de conde de la Alcuía, mayor de Guardias, caballero del Toison de Oro, y por último ministro de Estado en reemplazo del experimentado conde de Aranda, que fué relegado al Consejo.

Tal era el hombre que desde aquel momento habia de simbolizar el reinado de Cárlos IV, en union con la mujer adúltera que le favorecia.

Animada ésta con las torpes condescendencias de su esposo, le exigió que aboliese la ley Sálica, establecida por su abuelo Felipe V en 1713 como de justicia y necesidad; medida que deseaba tomar para, en el caso de que muriesen sus hijos varones, hacer que recayera la corona de España en la infanta Doña Carlota, casada con el rey de Portugal.

Convocadas las Córtes generales al efecto, pretextando el juramento del príncipe de Astúrias D. Fernando, conocido despues por *el Deseado*, cuyo acto tuvo lugar el 23 de Setiembre de 1789, se mandó guardar el más inviolable secreto sobre todo lo que se tratase en ellas; condicion impuesta para no dar á conocer hasta que les conviniese la abolicion que proyectaban, pero que no se observó tan fielmente como quisieron, puesto que, apercibiéndose de ella los embajadores de

Nápoles y de Francia, se alarmaron con justicia y dirigieron varias notas al gobierno, sin conseguir más que hacer pública la ley que María Luisa quería sepultar en su Palacio.

Alentado el infame Godoy con sus triunfos políticos y sus amorosas victorias, se propuso combatir los proyectos pacíficos del conde de Aranda, modificando después esta opinión por temor á perder su preponderancia, asociándose por completo á los deseos manifestados por Carlos IV de salvar á Luis XVI, á cuyo efecto entregó al embajador francés las cartas de neutralidad, y el 16 de Diciembre de 1789 la de mediación en el proceso de aquel monarca, siendo recibida por la Convención francesa con marcadas muestras de reprobación.

No desconcertó, sin embargo, este contrat tiempo á Carlos IV, que, animado sin duda por un sentimiento de humanidad, reprodujo sus buenos oficios el 17 de Enero de 1793, día señalado para la votación de la sentencia del monarca francés, sin alcanzar más resultado que una segunda derrota.

Suponiendo la Francia que tan obstinada defensa por parte de España abrigaba intenciones siniestras respecto del trono que había quedado vacante con la muerte de Luis XVI, declaró la guerra el 7 de Marzo del mismo año, aceptándola Carlos IV el 27 del mismo mes en medio del aplauso y del entusiasmo popular.

Aprovechó Godoy tan feliz coyuntura para satisfacer su ambición de riquezas, al par que satisfacía la de poder; y apoyado por la reina, aceptó los donativos

que la nobleza, el pueblo y el clero ofrecieron para sostener con desahogo el ejército que deseaban lanzar contra la naciente República francesa, y llevó su cinismo al extremo de aceptar igualmente la terrible ayuda de los ladrones y contrabandistas, que se ofrecieron á pelear en defensa de *la buena causa*, como llamaban entónces á cuanto emanaba del poder real.

Bien pronto se convencieron de que la ayuda ofrecida por las gentes de mal vivir, y tan torpemente aceptada por Godoy, habia de producir sus naturales efectos; pero ya era tarde.

Sin embargo, arrojaron el peligro que amenazaba un rompimiento con aquellas gentes, y obligaron al rey á publicar una instruccion, por la que se autorizaba al coronel de caballería D. Juan de Ortiz para organizar y dirigir á su antojo, en los cuatro reinos de Andalucía, la persecucion de los criminales, que un año ántes habia considerado el gobierno como buenos y leales defensores de la patria.

Ensoberbecidos los malhechores por el olvido de sus servicios, que nunca debieron aceptarse, para no incurrir en falta de agradecimiento, se organizaron tambien, y ensanchando el campo de sus criminales operaciones, sostuvieron terribles combates con las fuerzas del encargado regio, que no siempre llevaron la mejor parte, á ciencia y paciencia de las autoridades militares del territorio en que aquél operaba, puesto que se mantuvieron indiferentes, por no reconocer sin duda en el mencionado coronel calidad bastante para tratar con él de potencia á potencia, ó tal vez por

creerse ofendidos por lo consignado en el art. 2.º de la instruccion publicada por el rey, en que se decia: «Que con inhibicion de los jefes militares, podia dividir las fuerzas, destinarlas á los pueblos ó parajes que creyese oportunos y mandarlas á su arbitrio, etc. etc.»

Torpezas incalificables, que no merecen ni áun los honores de la crítica, pero que las consignamos para que nuestros lectores conozcan la suficiencia del gobierno que iba á dar entrada al siglo XIX.

Coaligadas más tarde el Austria, la Prusia, el Piamonte y despues Inglaterra, España, Cérdena, Holanda y Rusia contra la Francia republicana, combatian sin tregua ni descanso, pero con malísima suerte.

Así las cosas, resonó en Tolon, una de las mejores ciudades de Francia, el grito de rebelion contra la república y en favor de Luis XVII.

Las naciones coaligadas creyeron ver en aquel suceso una ocasion favorable para clavar en el corazon de su enemiga la bayoneta del vencedor, comprometiéndose á tamaña empresa Inglaterra y España.

Aceptado por estas dos naciones el llamamiento que los toloneses hacian para que les ayudasen, dispusieron sus respectivas escuadras al mando de los almirantes Vood y Lángara, que arribaron á sus costas sin contratiempo.

No tardó la República en enviar tropas á la ciudad sublevada, que resistió con heroico valor los primeros empujes del ejército republicano.

Y quizá hubiera sido arrollado por completo sin la bravura de un jóven oficial de artillería, que, más in-

teligente ó más decidido que sus jefes, dirigió un ataque tan bien combinado, que la plaza hubo de rendirse. Este oficial era Napoleon Bonaparte.

El almirante inglés Vood, temeroso de que los republicanos picasen su retaguardia y no le permitiesen embarcarse con la comodidad que deseaba, se precipitó al muelle, y desoyendo los gritos de la multitud que le pedia algunos botes para trasladarse á bordo y salvar sus vidas, ya que no sus bienes, embarcó *su gente*, y se hizo á la vela en medio de las maldiciones de un pueblo entero.

La escuadra española, por el contrario, procuró salvar á los afligidos toloneses, y esta heroica accion mereció de aquel infeliz pueblo tantas y tan repetidas pruebas de agradecimiento, que los ingleses hubieran recalado al puerto para compartirlas á no impedirselo el miedo de que estaban poseidos.

Honor, pues, á nuestra heroica marina, que supo colocar una vez más el pabellon español á la altura del heroismo y de la abnegacion.

Anatema perpetuo sobre el gobierno que ni aún se dignó darle las gracias.

Pero oigamos lo que acerca de tan brillante accion dice un notable historiador:

«No fueron españoles los que perdieron los puntos del Faron y la Masca, que una vez en manos del enemigo impedian cubrir las radas y guardar la plaza por más tiempo. Gloria y lauro del valiente Mendinueta, que sostuvo hasta el fin en San Antonio el Grande el honor de nuestras armas en la terrible noche del 17 de

Diciembre, rechazó al enemigo, y él mismo dió refugio al comandante inglés, que, sorprendido en la Masca, derrotado y fugitivo, fué á ampararse en aquel punto (1).»

Terminado por fin el primer período de aquella funesta campaña, llegó el mes de Febrero de 1794, y dispuso el rey que se reuniese en Aranjuez un consejo privado para acordar el plan que debería adoptarse en el segundo.

Decidido Godoy á combatir de nuevo las pacíficas ideas del conde de Aranda, empleó toda su infernal astucia para conseguirlo, llegando al extremo de poner en grave aprieto al ilustrado conde, que al verse calumniado, é injusta y cobardemente combatido, levantó el puño en ademan hostil y exclamó: «Á no hallarse aquí S. M., yo sabría cómo contestar á semejantes expresiones.»

El giro que habia tomado la cuestion hizo temer á Carlos IV por la vida del hombre á quien la reina prodigaba sus caricias y los honores que toda mujer honrada debe únicamente á su esposo, y levantando la sesion se retiró, no sin manifestar ántes al conde su estúpido enojo en estas palabras: «Con mi padre fuiste terco y atrevido; pero no llegaste hasta insultarle en el Consejo.»

Godoy triunfó y el conde de Aranda fué desterrado.

No tardó España en sentir los terribles efectos de esta medida y los de la guerra que iniciaba, viendo

(1) *Memorias* del Príncipe de la Paz.

caer en poder de los franceses las ciudades de Bilbao, San Sebastian, Vitoria y Miranda.

Dueño el enemigo de tan importantes plazas, creyeron, y con razon, los madrileños que aquél podia llegar á la córte sin grande esfuerzo.

De tamaño baldon, quizá merecido por su necia credulidad y ciega confianza en el gobierno de Godoy, vino á libertarles la paz de Basilea, firmada tambien por España el 22 de Julio del mismo año, pero dejando entre las garras del águila francesa la parte que poseíamos en la isla de Santo Domingo, en compensacion de la que nos devolvia en Cataluña y las Provincias Vascongadas.

Para justificar la osadía y el cinismo de Godoy bastará decir que poco tiempo despues se hizo titular *príncipe de la Paz*, con ayuda y beneplácito de la reina, que no temia arrostrar el descrédito y la pérdida de su honra á trueque de satisfacer los menores deseos de su amante.

Así llegó el 18 de Agosto de 1796, en cuyo dia se firmó un repugnante y asqueroso tratado, por el que se concedian á Francia privilegios y franquicias que comprometian y arruinaban nuestro comercio y nuestra industria.

En aquel documento, mil veces peor que el llamado *Pacto de familia*, se establecia la competencia, sin considerar el atraso en que estaba nuestro país, merced al criminal abandono en que los gobiernos que precedieron al de Godoy habian tenido sus fuerzas productoras.

La industria monopolizada por los llamados gremios; víctima el comercio de la sórdida avaricia de los fabricantes franceses; abandonada la agricultura á sus propias fuerzas; perseguida y aherrojada la prensa; calumniada y combatida la verdadera ciencia; faltando, en fin, todo cuanto puede contribuir al desarrollo moral y material de un pueblo que pretende igualarse á otro más adelantado que él hasta en la manera de engañar, María Luisa y Godoy, pues no fueron otros los autores de tan infame proyecto, aseguraron á Francia los privilegios que deseaba, bajo el hipócrita y ridículo pretexto de equidad y utilidad recíprocas.

Celosa Inglaterra de las franquicias concedidas á Francia, nos declaró la guerra, que hubimos de aceptar á la fuerza, porque así lo queria el gobierno de Godoy.

En ella perdimos una gran parte de nuestra marina de guerra y algunos miles de hombres, quedándonos sólo la honra, porque tuvimos un D. Cayetano Valdés que velase por ella, en la terrible noche del 14 de Febrero de 1797.

Rechazados, sin embargo, los ingleses en las costas de Cádiz, y más tarde de Santa Cruz de Tenerife, merced á la bravura y arrojo de sus habitantes, en cuyo último punto quedó manco el atrevido almirante Nelson, proyectaron un desembarco de 10.000 hombres en Puerto-Rico, sin lograr otra cosa que un nuevo descalabro, toda vez que, á los quince dias, tuvieron que abandonar la isla en médio de la más vergonzosa derrota.

Agobiada la nacion con los gastos de la guerra por una parte, y por otra con los despilfarros de la infame pareja que llevaba las riendas del gobierno, miéntras cazaba el rey, se apeló al inmoral recurso de los empréstitos, creando uno de *cien millones*, que se cubrió con pasmosa rapidez, más bien por temor á la venganza del valido que á impulsos del entusiasmo y del amor á la patria.

Este resultado halagó tanto la ambicion de Godoy, que decidió aumentar aquella operacion en *sesenta millones*, seguro de que los aceptarían sin oposicion.

Y no se engañó respecto de la primera parte de su diabólico plan.

Mas por lo que toca á la segunda, ó sea á la oposicion, no le sucedió lo mismo; porque desencadenándose el huracan de la censura, estuvo á punto de caer envuelto en el más espantoso descrédito.

En tal estado acudió á la criminal astucia de su real querida, que subyugada completamente por un amor satánico, logró conjurar la tormenta que ya se dejaba sentir hasta en la cámara del rey.

Orgullosa el valido con este nuevo triunfo, se coaligó con los monárquicos franceses, que más astutos que él, alimentaron sus ideas, hasta que, descubierto el plan, tal vez por alguno de los mismos que le ayudaban en él, pidieron los republicanos su destitucion, que no hubieran conseguido, á pesar de sus poderosas y patrióticas razones, si no hubiera contribuido á ello la misma reina, que en un arrebató de celos inclinó al rey á aceptar la dimision que habia presentado el favorito.

Nunca pudo figurarse Godoy que fuera admitida su renuncia, y en esta inteligencia la presentó, haciendo ver que no tenía empeño en contrariar las ideas de su real amo.

Pero cuando supo que era aceptada, y que D. Gaspar Melchor de Jovellanos le reemplazaba, su furor no tuvo límites y maldijo la hora en que, por seguir los consejos de su secretario Cabarrús, habia llevado al gobierno al eminente patricio, en quien desde aquel dia se fijaron las miradas de toda la nacion.

No pudiendo sufrir en calma este contratiempo se echó en brazos de la camarilla palaciega, única que podia ayudarle á reconquistar el poder, y sus esperanzas se realizaron á despecho de las gentes honradas, y del país entero, que ya le aborrecia.

La reina misma, arrepentida de su celoso arrebato, abrió nuevamente los brazos á su amante, que volvió al poder con más ambicion que nunca.

La reconciliacion de tan inicua pareja se hizo pública por la destitucion de Jovellanos, á quien reemplazó el «tristemente célebre marqués de Caballero, talento fecundo para la intriga, que asociado á un corazon de innobles pasiones, habia logrado distinguirse en una córte donde abundaban los caracteres abyectos. Era enemigo declarado de la ilustracion y de cuantos la difundian, llevando su odio hasta un extremo de que no son capaces sino las almas depravadas (1).»

Y al ocuparnos de este funesto personaje, debemos

(1) *Hist. de España*, tomo 5.º, pág. 35.

consignar en el texto de nuestra obra la siguiente nota que hallamos en la misma Historia, para que nuestros lectores puedan conocer hasta dónde llegaría la maldad de aquel hombre.

«En la edicion que mandó hacer de la *Novísima Recopilacion de las leyes del Reino*, tuvo el atrevimiento de suprimir todas las que consignaban la potestad legislativa de las Cortes y su intervencion en la concesion de impuestos.»

Despues se halla esta otra, que consignamos tambien para baldon del inolvidable monarca que abrió las puertas de un verdadero infierno al presente siglo.

«Cárlos IV, que, tratándose de su autóridad, era bastante celoso y severo, tenía en él (se refiere al marqués de Caballero) un estímulo constante al abuso. Por sus consejos dió alguna vez el triste y singular ejemplo de agravar las penas impuestas por los tribunales, y osó llamarse en un documento de oficio *señor de vida y muerte*.»

Nada más justo, nada más natural que hacer notar ahora el contraste que resulta de la comparacion del celebérrimo marqués con el ilustre patricio á quien reemplazó. Para ello bastará consignar las sentidas palabras con que este último demostró á sus amigos el disgusto que le causaba su entrada en el gobierno, en vista del estado de abyeccion en que la córte se encontraba.

«Todo amenaza una ruina próxima, decia, que nos envuelve á todos; crece mi confusion y afliccion de espíritu; el príncipe (hablaba de Godoy) nos llama á co-

ner á su casa; vamos mal vestidos. Á su lado derecho la princesa, al izquierdo la Pepita Tudó..... Este espectáculo acaba mi desconcierto..... Mí alma no puede sufrirle..... Ni comí, ni hablé ni pudo sosegar mi espíritu.»

Pero hay más: el mismo Godoy consignó en sus Memorias que sólo al marqués de Caballero se debieron las persecuciones que padecieron todos los hombres más ilustres de la época.

Á pesar de esto, nosotros podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que aquellas desgracias particulares y las generales que lamentó el país, despues de la elevacion del marqués, se debieron á los dos y aún á la misma reina.

En medio de aquel desórden político, verdadera anarquía de los poderes, un crimen espantoso vino á conmover la sociedad madrileña.

La aristocracia tembló, creyendo ver un asesino en cada protegido.

La clase media temió por la falta de vigilancia, ya que no por la de celo en las autoridades.

Y el pueblo comenzó á pedir con rabia que se castigase á los ricos en la cabeza de los que aparecian como criminales.

Luégo veremos si todos quedaron satisfechos.

Entretanto, el jóven oficial que rindió á Tolon iba adquiriendo fama de entendido y de valiente, y aún llegó á inspirar serios temores al Directorio frances.

Para desvanecerlos tomó aquel gobierno la resolucion de mandarle á Egipto, de donde regresó victorio-

so y hecho ya un hombre notable capaz de representar al pueblo.

En tal estado llegó el 18 Brumario (10 Noviembre de 1799), y arrollando á la Asamblea de los Quinientos, se erigió en dictador, con aplauso de la moderna Francia, que le confió su honra y su porvenir.

Proclamado primer cónsul, se alarmaron y con razon todas las naciones, excepto España, que se adhirió con más fuerza al moderno Atila, sin prever que su nombre habia sido inscrito en el catálogo de las víctimas formado por aquel coloso al asaltar el poder.

Pero no era España; eran el infame Godoy y su astuta querida, quienes se acercaban cada vez más al jefe de la República francesa, porque veian en él un poderoso auxiliar para el logro de sus inicuos proyectos.

¡Cuán engañados estaban, y cuán ciego estaba á su vez el país, que no sabía llegar al trono, para exigirle cuentas de la honra y el sosiego que le arrebatava aquella infame pareja!

La influencia de Napoleon se dejó sentir bien pronto haciendo concebir á los hombres liberales de España halagüeñas esperanzas que no pudieron tener ocultas mucho tiempo.

La prensa fué el poderoso intérprete de aquellos honrados patricios, dando lugar á que Monseñor Casoni, Nuncio de Su Santidad á la sazón, representara contra las ideas de ilustracion y de progreso que comenzaron á difundir, pidiendo ademas que se les persiguiera como cismáticos y herejes.

Desatendidas sus reclamaciones, tuvo que ahogar su despecho y esperar una ocasion favorable.

Ésta llegó con la eleccion de Pío VII, que cerró el siglo XVIII, haciendo que volvieran las cosas al sér y estado que tenian ántes de la subida de Napoleon.

Y aquí vemos otra vez al querido de María Luisa poniendo en juego toda su maldad contra el país que le vió nacer.

Elegido por Cárlos IV para arreglar *ciertos asuntos de conciencia* con el nuevo Papa, halló un medio de hacer sentir el peso de su enojo á esta nacion digna de mejor suerte.

Evacuada su comision, y puesto de acuerdo con su estúpido amo, publicó el 10 de Diciembre de 1800 un decreto en el que se decia, que «el rey miraba con disgusto la propaganda que habian hecho los que, bajo el pretexto de erudicion é ilustracion, tendian á separar á los fieles de su unidad, y que para evitar tan malos efectos se repartiase con profusion la bula *auctorem fidei*, excitando al mismo tiempo á la Inquisicion á perseguir á cuantos rebeldes tuviesen en su poder escritos de aquellos, sin distincion de estado ni de clases.»

Mas no paró aquí la maldad del favorito.

Deseoso de captarse por completo las simpatías del coloso frances, selló con un nuevo acto de vandalismo su amor al crimen.

La cesion de la Luisiana hecha á la Francia en cambio de un nuevo título para la hija de su querida, cual fué el de la reina de Etruria, vino á dar el golpe de gra-

cia á las esperanzas que áun abrigaba España de reconquistar su independendencia.

Napoleon, que no queria ser ménos que el valido español en punto á legalidad, vendió á los Estados-Unidos, por ochenta millones de francos, la joya que acababa de recibir en pago del título que concedió á la nieta de Carlos III, olvidando de este modo la condicion estipulada en el *contrato*, de preferir á España por el tanto, en el caso de que tratara de vender aquella posesion.

Éste fué el primer paso que ostensiblemente dió Napoleon contra España, miéntras que por medios indirectos procuraba que el Norte de América nos declarase la guerra, sin que Godoy tratase de contener los proyectos de aquel afortunado guerrero, por temor á perder su amistad.

Mas no por esto se despertó en María Luisa el amor á su patria; al contrario; en vez de condenar como reina y como española las torpezas é iniquidades de su amante, siguió apoyándole y consumando con él, unos tras otros, todos los crímenes sociales y políticos que creyó necesarios para satisfacer sus vicios, sin que ningun tribunal se atreviese á juzgarles.

De esta manera prepararon el sudario que más tarde habia de envolver nuestra independendencia.

¡Maldicion eterna sobre los que alentaron el vuelo de las águilas francesas, y le fabricaron nidos de rosas en nuestros hermosos y risueños valles!

Entretanto la Inglaterra atacaba nuestros arsenales y amenazaba nuestros mejores puertos.

Por do quier se veia luto y sangre; por do quier desolacion y miseria.

Y como si tantas calamidades no hubieran sido bastantes, vimos tambien desarrollarse el tífus en Andalucía, diezmando las poblaciones y sembrando la devastacion y el desaliento por todas partes!....

Aliados de la Francia, y sujetos á ella por el vergonzoso tratado de San Ildefonso, estábamos obligados á prestarle ayuda y á sufrir los descabros y reveses de la guerra que sostenia con la Gran Bretaña.

Uno de ellos, quizá el más terrible, fué el que tuvo lugar la noche del 12 de Julio de 1800, en que vimos repetirse la hecatombe de 1797, pero con mayores y más sensibles pérdidas.

Una infame traicion, una cobarde alevosía fué la causa de aquel contratiempo, como lo prueba un autorizado y concienzudo historiador en las siguientes líneas:

«Perseguida por una escuadra inglesa la francesa del Mediterráneo, hasta obligarla á guarecerse en la ensenada de Algeciras, y atacada allí mismo, pidió auxilio á Cádiz para poder arribar á él.

»Partieron al punto cinco navíos y una fragata, que, uniéndose á sus aliados, dieron la vela para el Océano, cubriendo la retaguardia.

»Apénas el almirante inglés supo la salida de la escuadra combinada, trató de darle alcance; y en efecto, al anochecer quedó ya á una ó dos leguas de distancia.

»Quizá temeroso, no obstante, de que á favor de la lobreguez de la noche pudieran alejarse más, ordenó

al navío *Soberbio*, que era muy velero, avanzase á atacar la retaguardia de los aliados.

»Para mejor ejecutarlo el *Soberbio* apaga sus luces, se dirige al centro de la línea á toda vela, y al pasar por entre el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, hace una descarga de ambos costados, y cruza rápidamente para libertarse de la contestacion.

»La operacion tuvo aún mejor éxito del que su autor se prometia.

»Al punto se mostró en el *Real Carlos* un fuego intenso, que no se ha sabido nunca de dónde procedió, si de alguna materia inflamable, lanzada por el enemigo, ó del incendio de algun repuesto.

»A pesar de las llamas, su comandante manda descargar la batería del costado por donde habia sido ofendido; pero como el ofensor ya estaba fuera de su promedio, las balas fueron á herir al *San Hermenegildo*.

»Éste, no sólo contestó, entablando un enérgico combate, sino que se echó sobre el que creia su enemigo al abordaje.

»Entónces fué cuando salieron de su fatal equivocacion, aunque sin acertar á explicársela.

»No concluyó, sin embargo, aquí.

»El fuego del *Real Carlos* no habia podido ser apagado, y al abordarse con el *San Hermenegildo* se lo comunicó, volándose ambos en breve rato.

»Sús tripulaciones, que se elevaban de dos mil hombres, perecieron casi completamente, pues sólo se salvaron en una falúa unos cincuenta, que llegaron á Cádiz en el estado más miserable.

»Ambas escuadras presenciaban entretanto esta catástrofe, sin saber quién era el amigo y quién el enemigo, en cuya duda permanecieron hasta que la luz del siguiente día vino á alumbrar la horrible verdad de aquella noche.

»Ah! y no era ella más que un aviso providencial de la grande catástrofe que debia arruinar, casi en el mismo sitio, nuestra brillante marina.»

«Napoleon, dice el mismo historiador, supo sacar partido del resentimiento que estas expediciones, sobre todo la última, produjeron en la córte de Madrid, para combatir á la Inglaterra, única potencia que le faltaba someter al rigor de las armas ó á las estipulaciones de un tratado.»

Sabido por todos que Portugal no era más que una colonia inglesa desde la alianza de Methuen, firmada en 1703 contra Luis XIV, claro es que Napoleon habia de fijar los ojos en ella para combatir al leopardo inglés en una de sus mejores guaridas.

Y con efecto, dispuso y preparó el ataque, empezando por acudir á Godoy para que le ayudase en su atrevida empresa.

Luégo veremos si el valido español correspondió á las esperanzas de Napoleon, puesto que no podemos anticipar los sucesos y ménos éste, que por su índole especial merece tratarse en su respectivo año, ó sea en el de 1801, si hemos de ser fieles á la exactitud cronológica que debe presidir nuestras tareas.

Conocidos ya los crímenes políticos con que se despidió el siglo XVIII, debemos conocer tambien el que

indicamos en párrafos anteriores, que por su carácter social puso en alarma al vecindario de Madrid, y en un grave aprieto á los tribunales de justicia por las influencias que en pro y en contra de los acusados se pusieron en juego.

II.

Crimen y expiacion.—Hé aquí la síntesis de la segunda parte de este capítulo.

A principios del año 1796 llegó á Madrid un jóven llamado D. Santiago San Juan.

Recomendado eficazmente á D. Francisco del Castillo, acreditado comerciante en lencería establecido en la calle de Alcalá, fué admitido por éste y nombrado su dependiente de confianza.

Instalado nuestro jóven en la casa de su honrado protector, bien pronto dió á conocer sus buenas dotes, logrando captarse las simpatías de cuantos le trataban.

Su prima Doña María Vicenta de Mendieta, esposa de D. Francisco, llegó á fijarse en él con demasiada atencion, y concluyó por hacerle su confidente.

Dotada de un carácter orgulloso y altivo, no podia tolerar la *llaneza* que exigia la profesion de su esposo, y vivia completamente aislada de la sociedad de mostrador, sin comprender que á ella, y no á la aristocracia de donde saliera, debia su desahogada posicion.

Castillo, por el contrario, habia conseguido hermanar la modestia y sencillez del comerciante con la nobleza de los pergaminos, y se esforzaba en vano por hacer comprender á su esposa la necesidad de adoptar aquel sistema, no sólo para afianzar la paz del matrimonio, sino para evitar que la sociedad conociese su verdadera situacion.

Pero ella le oia con desagrado, y jamás se dignó aceptar la alianza que le proponia, viéndose obligado á tolerarla sus ridículas exigencias por temor á un rompimiento, peor mil veces que la muerte, para quien, como él, amaba su honra de hombre y su crédito de comerciante.

Tan torpes condescendencias habian engreido de tal modo á aquella mujer, que ya no veia en su esposo al hombre que le habia entregado su honra y su cariño, sino un sér destinado á servir de juguete á sus caprichos y veleidades.

Mil veces habia intentado Castillo poner fin á tan peligrosa situacion pidiendo el divorcio, y otras tantas habia retrocedido ante el fantasma de su afrenta.

Este era el estado de aquel matrimonio que todos creian feliz, porque D. Francisco sabía ocultar sus penas, cuando Santiago San Juan vino á pedirle proteccion y hospitalidad.

Ya hemos dicho que sus buenas cualidades le granjearon en poco tiempo el aprecio de todos, y que su orgullosa prima le habia hecho su confidente.

Sólo nos falta añadir que más tarde le hizo tambien su caballero.

La honra de D. Francisco del Castillo recibió el último golpe.

Celoso de ella más que de su cariño, del cual no le quedaban ya sino dolorosos recuerdos, llamó un día al afortunado galán, y sin comunicarle el motivo, le ordenó que abandonase el establecimiento; advirtiéndole que *para todos*, absolutamente *para todos*, la mudanza de casa no obedecía á otra razón que á la de vivir con más libertad.

El jóven conoció que su protector habia llegado á comprender su falta y no se atrevió á replicar.

Esta medida irritó de tal suerte á Doña María Vicenta, que, olvidando hasta su propia dignidad, no ocultó á su esposo el enojo que le causaba la ausencia de su primo, y áun llegó al extremo de fingirse indispuesta cuando le decian que su esposo la esperaba en el comedor.

Entretanto D. Francisco del Castillo procuraba hacer que su esposa reconociese el criminal error en que estaba; pero todo era en balde.

Aquella mujer amaba á un hombre que no era su esposo, y cuanto no partiese de él la era indiferente.

Pobre D. Francisco!

¡Cuán ajeno estaba de que la mujer á quien habia confiado su honra, y el hombre á quien tanto habia protegido, llegarían á olvidar por completo sus deberes, no sólo para con él, sino tambien para con la sociedad!

Las entrevistas de tan infame pareja fueron desde aquel día ménos frecuentes, pero más criminales.

La decencia nos prohíbe darlas á conocer, por más que en alguna de ellas se tratase del diabólico plan, que más tarde habia de constar en un proceso, cuya triste celebridad ha llegado hasta nosotros.

Contentémonos, pues, con saber la última, bastante por sí sola á juzgar de la importancia de las anteriores.

Acababa de amanecer el día 9 de Diciembre de 1797, y las campanas de la iglesia de San Ginés llamaban á los fieles al templo para recordarles la epopeya más gloriosa del cristianismo, representada en el incruento sacrificio de la misa.

Y los fieles acudían silenciosos y cabizbajos, y aún recatándose, como si fueran á cometer algún crimen.

Era costumbre en aquella época, y no debemos extrañarlo, como tampoco que fuera indispensable acudir á tan solemne llamamiento para no incurrir en el desagrado del párroco, y para evitar la crítica de las beatas de profesión, que así llamaban *impío* al que no se daba *golpes de pecho*, como *santo varón* al que se postraba ante una imágen, y pasaba y repasaba las *cuentas* de un rosario, murmurando algunas palabras, cuyo valor religioso habia motivo para poner en duda, con sólo examinar la clase y condición del *devoto* que las pronunciaba.

Este era uno de los vicios que más dominaban en aquella época, y del cual nos han quedado ciertas reminiscencias, quizá peores que el mal de donde proceden.

Costumbres ó vicios, con ellos vivieron nuestros antepasados, y con ellos produjeron esta generacion, que ha sabido cambiar la hipocresía en *descaro* y la honradez en una alhaja susceptible de compra y venta.

Verdad amarga, pero verdad al fin que debemos reconocer y confesar paladinamente, máxime cuando la historia ha de consignarla, mal que nos pese, para enseñanza de las futuras generaciones.

Por otra parte no sería justo criticar las deformidades de aquella sociedad, encubriendo las nuestras, porque esto sería un egoismo indisculpable y ridículo, contrario á nuestra imparcialidad y buenos propósitos.

Entre los devotos que acudian al templo, veíase una dama, cuyo resuelto y precipitado andar contrastaba con la mesura y recogimiento de los demas fieles.

Vestía un elegante traje de mañana, y se cubria el rostro con el tupido velo de su largo y finísimo manto.

Aquella dama habia salido de una casa de la calle de Alcalá, y al parecer iba decidida á entrar en el templo.

Cuando llegó frente á la casa de Correos, conocida hoy por el Ministerio de la Gobernacion, se detuvo un momento como reflexionando la direccion que debia tomar.

En aquel punto habia entónces un oscuro y estrecho callejon, llamado del Cofre, de cuyo ángulo salió un hombre jóven y se colocó junto á la dama.

—Santiago! exclamó ésta al verle.

—Sí; yo soy, querida mia; yo, que no he podido conciliar el sueño en toda la noche, y he acudido á la cita una hora ántes de la convenida.

—Has venido solo?

—Me extraña tu pregunta!

—Tienes razon; no sé lo que digo..... pero este sitio.....

—No es el más á propósito, es verdad; pero me detuve aquí para salir á tu encuentro y evitar que llegases al punto convenido.

—Temes algo?

—No; pero como los alrededores de un templo no son los más á propósito para una entrevista reservada.....

—Tienes razon; y dónde podremos?.....

—Sígueme.

—Mejor es que me des el brazo.

Y ambos formaron un grupo.

Se introdujeron por el citado callejon, y saliendo á la plazuela de la Zarza, que tambien ha desaparecido, se dirigieron por la calle de Peregrinos, deteniéndose por último en otro callejon que aún existe, y que conocemos con el nombre de la Tahona de las Descalzas.

Durante el camino guardaron el más profundo silencio; pero al llegar á aquel sitio, cuya soledad favorecia sus planes, rompió la dama el silencio para demostrar al jóven lo mucho que agradecia verle tan bien dispuesto á complacerla.

El jóven, por su parte, se deshacia en protestas de

amor, que ella pagaba con demostraciones impropias áun del sitio en que se hallaban.

Los mozos de la tahona comenzaron á salir con sus enormes espuertas llenas de pan; y esto hizo que tan inicua pareja suspendiese su criminal entrevista, cuya despedida debemos consignar, porque ella sola encierra el argumento del terrible drama que habia de tener lugar aquella noche.

—Adios, mi querido Santiago! No olvides que te espero á las siete en punto.

—Te repito que esa hora.....

—Es la mejor, porque yo haré que lo sea.

—Entónces no faltaré.

—El antifaz negro y el puñal.....

—Bien afilado, lo sé.

—La persiana entreabierta será la señal de que no habrá inconveniente. Sube, que yo procuraré franquearte el paso. Lo demas es cuenta tuya.

—Y si las criadas.....

—Nada temas; estarán en las habitaciones interiores.

—Pero si grita.....

—No podrá, porque hace dos dias que está en cama, y la debilidad ha hecho en él un estrago, casi tan grande como el que le ocasionará tu puñal.

—Y si al extrañar mi presencia se incorpora y hace uso de algun arma de fuego?.....

—No es fácil, porque jamás las ha tenido.

—Pero ya sabes que no hace tampoco más que dos dias que me despedí para Valencia, segun me aconsejaste, y es muy posible.....

—Que tu cobardía retarde la realizacion de mis ilusiones, le interrumpió llena de cólera aquella infernal mujer.

—No digas eso, Vicenta! No llames cobardía lo que sólo es precaucion.

—Dices bien; pero el temor de perder la dicha que me aguarda en tus brazos, me hace dudar de tu valor. No lo extrañes, Santiago mio; las mujeres somos desconfiadas por instinto, y mucho más cuando se ama como yo amo, y cuando se aborrece como yo aborrezco.

—Tu marido caerá esta noche..... no lo dudes.

—Hiere sin nombrarle, te lo suplico. Ah! se me olvidaba. Si necesitas dinero, ya sabes. Sobre la mesa del gabinete hay un secreter. Yo procuraré dejarle abierto..... Despues del golpe.....

—No despreciaré el aviso, porque las dos onzas que me dió cuando me despedí de él han desaparecido.

—Luégo huyes y procuras ocultarte. Á los dos ó tres dias vas al correo, donde hallarás anotada en la lista una carta con sobre á *D. Tadeo Santisa*, que te avisará lo que debes hacer. Adios y hasta la noche, le dijo, estrechando cariñosamente su mano.

—Espera, te acompañaré hasta la Puerta del Sol.

—Observa que ya es tarde y podrian vernos. Retírate á descansar, que yo bajaré sola hasta San Ginés. Aprovecharé este momento para oír misa. Adios!

Y ambos se separaron, despues de mirarse con la estúpida é infame satisfaccion de haber *atado bien todos los cabos* de aquella trama infernal.

Eran las nueve de la mañana.

Creimos no poder llegar hasta aquí.

Tal es la indignacion que ha producido en nosotros el anterior relato.

Pero nó es esto todo. Á las diez horas se nos va á presentar otra vez aquella mujer, y es preciso guardar para entónces algo de nuestro valor.

Santiago San Juan habia puesto el amor de su querida en la punta de un puñal, y necesitamos saber si al asesinar al hombre á quien pertenecia quedaba sepultada su infame pasion en el pecho de la víctima.

Nada más fácil, y sin embargo desconfiamos.

Pero, hay Providencia?—Sí.—Entónces sigamos leyendo.

La de Castillo, que así la llamaron luégo, penetró en el templo y se dirigió á la pila del agua bendita.

—Sacrilega! debió gritarle en aquel instante su conciencia.—Huye del templo donde se adora á Jesus!

No somos preocupados y ménos aún fanáticos, pero tampoco somos excépticos. Tenemos nuestras creencias, mas sin hacer alarde de ellas ni pretender que los demas las acepten como las mejores, y por esta razon no podemos ménos de confesar la repugnancia que nos causan ciertos detalles del célebre proceso que nos ocupa.

¿Por qué las diez horas que faltaban no fueron bastantes para que la esposa adúltera reconociese su maldad?

¿Por qué, en vez de acudir al templo á llorar su falta con lágrimas de arrepentimiento, iba á profanarle fingiendo una devocion que estaba muy léjos de sentir?

¿Por qué, en vez de echarse en brazos de Dios, se echaba en los de Satanás?

Por qué era aquel su destino?

Arcanos impenetrables! Misterios eternos! ¡Abismos insondables donde la humanidad entera se agita y se revuelve en vertiginoso desórden, flotando unas veces en el espacio y otras llegando á la superficie, ansiosa de respirar un poco de aire puro, concluyendo por caer y estrellarse en el fondo, en medio del clamoreo y del espanto universal!

Dadme una antorcha, filósofos del dia, cuya luz haga desaparecer las tinieblas del porvenir, porque quiero penetrar en sus cavernas y buscar en ellas la perfectibilidad humana.

Venid á mí, filósofos de todas las edades, y ayudadme á abrir el santuario de la conciencia del género humano, porque es preciso que yo conozca todo lo que pasa en el interior de los séres que, como vosotros y como yo, viven y piensan, y sudan y trabajan para alimentar la materia de que se componen.

Pero no! No vengais! No me enseñeis lo que en un momento de extravío he querido saber!

Huid! Huid de mí, fantasmas de la realidad, porque vuestro contacto me mataria, y yo quiero vivir los dias que áun me restan, para reirme de vosotros como vosotros os habeis reido de la humanidad!

La hora fatal se acercaba, y Doña Vicenta de Mendieta se hallaba en el balcon de su gabinete.